



Viernes XIII del TO Ciclo B

5 de julio de 2024

Am 8, 4-6.9-12

Sal 118

Mt 9, 9,13

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús es el invitado y el publicano Mateo el anfitrión, y para entender el alcance de esa importante escena y el sentido y significado de lo que parece una mera «comida» comenzamos preguntándonos por el anfitrión y el invitado: ¿qué relación de rango mantienen estos dos personajes?; ¿tienen el mismo rango-honor o lo tienen diferente?¹; ¿qué supone aceptar la invitación para comer con Mateo y los publicanos? ¿Qué se desencadena a partir de ahí?

Pero, para saber esto, no podemos mirar la escena aisladamente, sino que debemos situarla en el contexto en el que Mateo la ha colocado, un contexto que evidencia una clara intención y que no es mera casualidad. Porque esta escena de la comida está precedida por varias curaciones de Jesús siendo la última —la inmediatamente anterior—, la curación que hace Jesús al paralítico. En todas ellas Jesús va adquiriendo su rango de «maestro » y «sanador», alcanzando un estatus de respetabilidad popular muy superior al del resto de personajes que aparecen: *«la gente se llenó de temor y glorificó a Dios, que había dado tanto poder a los hombres»*, concluye Mateo con el relato de esa última curación. Es decir, el honor o rango público de Jesús está más alto que nunca, pero ya empieza a recaer sobre él la sospecha de la institución. ¿Qué pasa con ese status de Jesús?

Tras la curación del paralítico en la casa de Cafarnaún, cuando el honor de Jesús está muy alto, llega esta escena de los publicanos. Jesús, el maestro de alto rango, invita a un «pecador público», un publicano, para que sea su discípulo. La escena es en público, y el pecador (Mateo) es notoriamente público. Ya no se trata de gente humilde más o menos marginal (los pescadores), ni de enfermos, sino de alguien tachado socialmente de pecador por cobrar los impuestos contra su propio pueblo. Jesús echa por la borda su honor no sólo hablando con un proscrito moral, sino también dándole importancia y llamándole a ser su amigo-discípulo.

El publicano, agradecido, responde con lo que tiene, invitando a Jesús a comer en su casa. Al aceptar la invitación, Jesús sigue rebajando drásticamente su rango-honor, pues entra físicamente en el ámbito del pecador. Y allí no sólo está el pecador Mateo, sino otros muchos publicanos y «pecadores públicos». Ante la sociedad basada en el honor-vergüenza, Jesús ha perdido todo el honor que podía haber conquistado en las escenas anteriores. Esto ya es el colmo. Es como una declaración pública de Jesús de que le importa un comino el honor otorgado por las normas sociales. Al sentarse a comer con esa gente sin honor Jesús está igualando su honor al de ellos, pues comer en su mesa implica aceptarles, valorarles, respetarles, «abajarse» a su condición. Jesús no es el anfitrión (cuyo mayor honor «elevaría» el rango de sus invitados), sino el invitado que, al aceptar, rebaja su honor al del anfitrión.

¹ Ya he comentado en muchas ocasiones cómo en la cultura de la cuenca del Mediterráneo en la época de Jesús el binomio «honor-vergüenza» constituía la norma social para establecer las relaciones y desde dónde se producían.

Aparece entonces la evaluación socio-moral-religiosa: Un hombre que ha adquirido fama como maestro enviado de Dios no puede «apreciar» y «dignificar» así a los que se han alejado de Dios, a los pecadores. Un hombre que actúa así no puede ser «de Dios», pues Dios se complace en los justos y en quienes le honran con su corazón, sus palabras y sus vidas (pensamiento, palabra y obra). Y, por eso, aquí aparece la primera descalificación pública hacia Jesús por parte de los maestros de la ley fariseos, las autoridades religioso- morales en las aldeas de entonces. Pasan de «pensar» mal de Jesús (curación del parálítico) a decirlo públicamente, aunque no se lo dicen en la cara, sino indirectamente a sus discípulos: « *¿Por qué su Maestro come con publicanos y pecadores?* ».

Los letrados ya han puesto en cuestión públicamente el honor de Jesús. Pero la respuesta de éste ahonda todavía más la distancia que le separa de sus normas morales-sociales. Jesús resume su actitud en un proverbio o dicho: « *No necesitan médico los sanos, sino los enfermos* ». El proverbio es muy duro, pues expresa que Dios, a través de su enviado, llama (se acerca, acoge, come-con, prefiere) a los pecadores, no a los justos. Esto trastoca toda la tradición religioso-moral israelita. Es como si dijera que Dios no se preocupa ni quiere a los justos. Es como si mostrara que los justos ya tienen bastante con su justicia, y que son más importantes los pecadores que los justos. Pero esta sería una interpretación falsa o interesada, pues aquí no se está maldiciendo o condenando a los justos (que deberían sentirse felices por serlo, y ya está), sino que se está poniendo en entredicho su prepotencia de querer monopolizar el amor-favor de Dios. Esto es lo que siempre se había predicado y enseñado, pero el Dios que predica-enseña-muestra Jesús es diferente, no es monopolio de nadie; es rey-soberano que decide cuándo, cómo y a quién acercarse; y —más que rey— es Padre amoroso que se deja llevar por su ser-amor.

En esta escena fundamental, Jesús está devolviendo a los «excluidos» a su lugar en el seno amoroso de Dios. Son los hombres que se tienen por justos los que han excluido de la cercanía de Dios a los «injustos». Pero eso no parece quererlo Dios. El Dios que aquí se presenta no es un rey que vive cerrado en sí mismo rodeado de su corte de adeptos (los justos), sino que es un Padre amoroso que sale a la calle para acercarse a los excluidos, a los perdidos, a los necesitados del amor que otros hombres les han negado (ver las parábolas de la oveja-moneda perdidas y del hijo pródigo).

Al proverbio que utiliza Jesús sobre médico y enfermos, sobre justos y pecadores, el evangelista le introduce en medio un versículo del profeta Oseas: « *Entiendan lo que significa «misericordia quiero y no sacrificios»* »² (es decir, quiero que sean compasivos y no que me ofrezcan sacrificios), para mostrar que ya en el Antiguo Testamento está presente esta visión misericordiosa como prioritaria frente a la mera «justicia» de los ritos (sacrificios en el templo). «Con este añadido intermedio Jesús denuncia la falta de conocimiento de la Escritura que muestran los fariseos, que no comprenden el texto de Oseas. Dios requiere el amor al hombre antes que su propio culto. Esto invierte las categorías de los fariseos, que cifraban su fidelidad a Dios en el cumplimiento exacto de todas las prescripciones de la Ley, pero condenaban severamente a los que no las cumplían»³. Aviso a navegantes.

² Os 6,6

³ JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981